

CELCIT. Dramática Latinoamericana 697

CHARLATANA

(Media hora antes de despertar)

Roberto Perinelli (Argentina)

PERSONAJES M (0) / F (1):
CARMEN

Cuarto de servicio, ocupado con muebles de distinto origen y grados de uso. El cuarto se aprovecha para guardar esas cosas que no tienen lugar en otra parte de la casa - electrodomésticos deteriorados, utensilios de cocina, muebles desvencijados, que ahí quedarán hasta que alguien se atreva a tirarlos a la basura.

También alguien ha acomodado todos estos objetos con el propósito evidente de crear espacios de circulación alrededor de una cama pequeña que se encuentra en el centro.

La puerta de acceso da a un patio y la ventana de ventilación, pequeña, parece ajena a su función, ya que da a un baño, posiblemente el principal de la casa.

Habrà que sumar los elementos necesarios para el progreso de la acción: una escalera de madera, de pocos escalones, apoyada contra una pared; un espejo colgando de un clavo y un balde puesto boca abajo, instalado en un lugar visible del ámbito. Se aprecia, también, la presencia de un equipo profesional de pesca - morral, impermeable amarillo y varias cañas - cuidadosamente apoyado en un rincón.

En la cama, no obstante su pequeñez, duermen dos personas aplastados bajo una montaña de frazadas. Puede deducirse que se trata de un hombre y una mujer, porque hay ropas de hombre y de mujer desparramadas por el suelo, como si para acostarse se hubieran desvestido de manera apresurada.

Suena la alarma del reloj despertador acomodado en un mueble que hace de mesa de luz.

Uno de los bultos de la cama se conmueve con el sonido. Poco después, haciendo esfuerzos, Carmen consigue sacar los brazos que flotan por el aire buscando la manera de silenciar el despertador. Lo consigue, con la condición previa de haber encendido, antes, la luz del velador de luz, hiriente, ya que le falta la pantalla.

Luego queda tiesa, con el reloj en la mano y emparedada en la cama porque el bulto, al que ha apartado un poco, vuelve a su posición y la aplasta sin dejarla mover.

CARMEN

(le habla al bulto) ¡Fatal, fatal! Fatal con usted. Usted no escuchó nada. Este despertador sonó y usted... Tampoco me deja un poco de espacio para que yo pueda... Ay, ay, estoy transpirando. Transpiro señor, me caen las gotas, el pelo mojado...

Carmen hace esfuerzos para, siquiera, sacar los brazos fuera de las frazadas. Cuando lo consigue, se acomoda para hacer ejercicios de brazos, los levanta y los baja con ritmo calculado y continuado.

CARMEN

Tengo que hacer mis ejercicios, señor. Obligatorios, todas las mañanas. Manguito rotador roto, o algo así. Un accidente tonto. Un accidente hogareño, me aclaró Lily *(pronuncia Lily acentuando la i latina)*. Limpiando el baño. Resbalé y... Me querían operar, anestesia, bisturí, todo eso. No doctor, nada de cuchillos conmigo. Entonces ejercicios, me dijo. Muchos ejercicios, todos los días. Sí, cómo no. Hombro izquierdo, poca importancia, yo para todo uso el brazo derecho... *(encuentra dificultades para seguir con los ejercicios)* Ufff... Caballero, mil kilos pesa usted. ¿Cuántas toneladas? Despiértese siquiera un minuto y córrase para que yo... Ufff... Quiero informarle que no soy una contorsionista de circo, tampoco podría, el manguito me... ¡Ay, por dios! ¡Usted no me deja hacer nada!... Ufff...

Por fin consigue sentarse en la cama. Vuelve con los ejercicios, ya no demasiado coordinados. Se distrae hablando y olvida un poco lo que tiene que hacer con los brazos.

CARMEN

¡Reloj de mierda! ¿Oyó cómo suena? No, no, usted no oyó nada. Suena como si tuviera la misión de despertar a un ejército: prrrrr...Fatal, fatal como dice Lily. Pero usted no escuchó nada. Es que tengo un leño durmiendo al lado mío. Trabajo me ha dado hacerlo dormir. No había modo de conformarlo. Trabajo me da ahora despertarlo. Me ha caído la desgracia divina. Lily se ríe de eso, no cree, pero dios existe. Nos mira y hace cosas con nosotros. A mí, anoche, me regaló esta montaña.

Carmen hace un esfuerzo aun mayor y consigue sentarse mejor. Se advierte la tela barata de su camión. Mira la hora del reloj que sigue teniendo en la mano.

CARMEN

Las siete y cinco. Vaya la novedad, si lo pongo para que suene a las siete, sonará a las siete. Amable este reloj, tengo que reconocerlo. Viejito y amable, lo tengo desde... ¡Hace mil años que me regaló Lily! ¿Cómo es que usted no oyó nada? *(no hay respuesta; Carmen se inclina e imita el sonido del reloj en el oído del hombre siempre oculto bajo las frazadas)* Trinnn, trinnn... *(ninguna respuesta)* Fatal, fatal... Llamemos a la banda de granaderos, para que pase por aquí delante y... *(imita el clarín, también el tambor)* ¡Trum, trum, trum! ¡Tirití, tirití! *(observa al bulto: nada)* ¡Mierda!

Carmen bosteza y se despereza.

CARMEN

Ahhh, cómo fastidia esto de tener que levantarse. Yo siempre a las siete. Lunes, martes, miércoles... Sábados y domingos también. ¿Y usted? ¡A ver, a ver! (*levanta las frazadas para espiar dentro de la cama*) ¡Siquiera abra un ojito, demuéstreme que está vivo! Dígame que no se murió (*risita por su propio chiste*) Le va a ser un alivio dejar esta cama. Hace cien grados aquí adentro. Un horno. Yo tengo la ropa pegada al cuerpo, mojada de transpiración... (*mete la mano y acaricia el cuerpo ¿del hombre?*) ¡Usted también! Empapado como si hubiera llovido. Le dije que no era buena idea dormirse con tanto abrigo. «Tengo frío, tengo frío», no dejaba de decir eso, y yo puse todo lo que tenía encima nuestro. No había más, siquiera un pañuelito. Cierto que cuando me abrazó estaba helado como un témpano. Pero nunca me soltó, se pasó la noche casi durmiendo encima mío ¿Se dio cuenta de eso? Yo lo empujé, varias veces. Lo moví, uno o dos milímetros, pero usted se desmoronaba enseguida y volvía a montarme como un elefante cansado. Tuve pesadillas. Claro, quien no tiene pesadillas durmiendo en estas condiciones. Pésimas condiciones. Hasta el más santo, el más libre de pecado sueña con el diablo. Tuve varias pesadillas yo, varias, un millón a lo largo de mi vida. Durmiendo sola, con nadie encima mío. Como no voy a tener con... Le cuento la que tuve anoche, con usted apretándome. Yo caminaba por un campo con el pasto crecido, así de alto. Húmedo. Me mojaba los pies, porque yo caminaba con esas sandalias que ahora tengo ahí y que tenía puestas esa noche. Sandalias de verano en pleno invierno, dirá usted. Y sí, es lo que hay, y si es lo que hay con eso hay que conformarse. De pronto veo que una bestia enorme se me viene encima. Un toro o algo así. Un animal negro y grande. ¡Muuu, muuu! gritaba la bestia. Y yo me desmayé. No soporté la impresión y me desmayé. Cuando abro los ojos el toro estaba parado al lado mío, pero distinto: mansito y sin cuernos. Parecía más chiquito y menos negro. Me lamía la cara con una lengua larga y caliente. Eran caricias... ¿No sería usted que...? Tal vez se despertó en algún momento de la noche y como me tenía tan a mano me lamió. Nada de hacerse el zonzó, señor, nada de hacerse el zonzó que no me quedó un lugar por donde usted no me pasara la lengua (*ríe, pícara, recordando las caricias*) No es lindo eso de dormir uno encima del otro, hubo momentos en que me desperté porque me costaba respirar, se me oprimió el pecho y sentí que... Pero qué significa eso de dormir uno en cada punta, con una franja así de grande en el medio. ¿Qué? Nada. Frialidad, distancia. Desamor. Ronca. ¿Lo sabe? Usted ronca. La mayoría de la gente lo niega. Lily me cuenta que ella los despierta con un codazo, porque los ronquidos no la dejan dormir. «¿Yo, yo querida estoy roncando?», me dice que le dicen. «Si yo jamás ronco, mi mujer nunca se quejó de eso». «Roncás», les grita ella, «roncás como un cochino. Tu mujer debe ser una mentirosa».

Carmen ríe. Vuelve a espiar bajo las sábanas.

CARMEN

¿Le hablo al aire? ¿Me están escuchando las paredes? Estas paredes están hartas de escucharme, señor. Hartas. Siempre las uso para conversar, aquella, aquella, aquella... Y quiere que le diga, me prestan más atención que usted... Orj, orj, orj, ahora no ronca, pero hace un sonidito como si fuera un chanchito: orj, orj, orj... ¿No le importa que yo ya esté despierta? ¡Míreme! Despierta, los ojos así de grandes, como dos lunas. Despierta y con ganas de charlar sobre... Bueno, no se me ocurre ahora, pero yo siempre tengo temas para... ¿Se dio cuenta que nos queda poco tiempo? Pronto se va a tener que ir, señor. A las siete y media esta casa estalla, ¡pum!, se pone en movimiento. Si quiere aprovechamos lo poquito que nos queda para un mimo, una última caricia. Sonó el despertador, señor. Usted no lo escuchó, pero yo sí, y se lo digo. Sonó. Y le recuerdo que tenemos un ratito después de las siete, una media horita más o menos. Se lo avisé anoche y usted me prometió que... ¿O tengo que interpretar que ya se quedó sin ganas? Lily dice que a la mañana los

hombres se ponen insoportables, más fogosos que a la noche. ¿Usted es distinto? *(ninguna respuesta)* ¡Fatal, fatal con este hombre! El caballero no reacciona. ¡Jorobate Carmen, habla con las paredes! Y con las paredes voy a hablar *(a las paredes)* Bla, bla, bla...

Carmen se cansa. Se toma un respiro, luego continúa.

CARMEN

Fatal, fatal... Una roca, un elefante echado. Anoche usted era el monstruo de las cien manos. Una la metía por acá, la otra por abajo, la otra por el costado, otra me acariciaba la... Me gustaba, claro, claro que me gustaba mucho. Ninguna intención de pararlo, ninguna. Y si hubiera querido, ¿qué?... ¿Cortarle las manos? ¿Cuántas tiene usted, una, dos, tres?... *(se asusta)* ¡Qué estoy diciendo, por dios! ¡Qué estoy diciendo! Tal vez usted finge y acaba de escuchar que a mí me gustaba que... ¡Me muero de vergüenza, me muero! No estoy acostumbrada a confesarme de esa manera con extraños... Se lo confieso a las paredes, ellas saben que a mí me encantan las caricias, que los besos me...

Carmen no soporta la vergüenza, esconde la cabeza debajo de las frazadas.

CARMEN

(con la voz ahogada, desde debajo de las frazadas) No soy ninguna puta, señor.

Pausa larga.

Lenta, Carmen primero se asoma, luego saca la cabeza.

CARMEN

¿Tiene idea de qué temperatura hace ahí abajo? ¿Quiere saber? Ciento cincuenta grados, doscientos... Volví a transpirarme toda *(se seca el sudor con alguna sábana)* Es como si alguien hubiera encendido una fogata y nos estuviéramos calentando a fuego lento... Ufff... *(se apantalla)* Meretrices las llama Lily. A las putas. Nunca putas. Meretrices. O putarracas. Cuando se enoja las llama putarracas. Pero nunca putas... ¿No le interesa el dato? ¿Tampoco le interesa esta costumbre mía de conversar? Yo apenas me despierto me pongo a charlar. Tengo el hábito. Con las paredes ya le dije, pero a veces elijo otra cosa. Ese perchero, por ejemplo. No me diga que no se parece a un señor con bigotes. Alto y con bigotes. Hablo con él ¿Usted no usa bigotes? *(levanta las frazadas, espía el bulto)* No. Lástima, me gustan los hombres con bigotes. Bigotes, ¡eh! No bigotitos de... ¿Cómo los llama Lily? ¡Proxenetas! Bigotitos de proxenetas. No, esos no me gustan. Me gustan esos bigotazos de comisario de provincia *(ríe)* Eso dice Lily, bigotazos de comisario de provincia, esos que te hacen cosquillas cuando... Bueno, por todas partes. Yo hablo, hablo, hablo hasta por los codos. De la mañana hasta la noche. Una costumbre, una manía, un vicio si quiere llamarlo así. En eso sí que soy bastante distinta a Lily. Blanco y negro. Cara y ceca. Cuando llegan los clientes ella apenas los saluda. dos o tres palabras, las necesarias, y al asunto, nada de perder tiempo hablando del tiempo, si hace frío o calor o si el individuo tuvo problemas con el tránsito o no encontró lugar para estacionar. A eso ella contesta, invariablemente: «hubiera salido de su casa unos minutos antes, hubiera metido el auto en un estacionamiento pago». Aquí a la vuelta tenemos uno, grande, ahí caben mil coches. Con esa contestación los tipos se quedan con la sonrisa helada, sin saber qué decir. Yo no, hablo, hablo, hablo. Pero no se confunda, no soy una loquibambia. Me gusta que me contesten. El perchero me contesta, porque yo le converso. Lo mío es la conversación, la charla. Decir y escuchar. Como anoche. ¿Cuánto tiempo conversamos hasta que...? Usted me contó eso de... De la pesca. De lo que le gusta pescar, del lugar donde mejor se pesca, de donde se da el surubí

pintado.... Y yo lo escuché. Con atención. Si me toma la lección le puedo repetir todo, palabra por palabra: cómo se hace para pescar la boga, que tiene boca delicada con dientecitos, dientecitos como de bebé y... Y no quiero decirle lo que hablo cuando Lily me pide que la acompañe a la peluquería. Ella nada, muda, una momia. ¡No, una momia no, eso es muy feo! ¡Una estatua, una diosa silenciosa! Las mujeres no pueden dejar de mirarla, con envidia, algunas con rencor, pero ella muda... Yo estoy en mi salsa. Me sumo al cotorreo de las clientas y de las empleadas y me entero de todo lo que pasa en el barrio y también de lo que va a pasar. ¡Una alegría para mí! Manuelito, el peinador maricón, sabe vida y milagros hasta del presidente. Él asegura que hay una señora que vive en la esquina, que yo conozco porque la veo pasar todas las mañanas cuando va al empleo, que le vienen ganas solo cuando escucha a Beethoven. Imagínese al marido poniendo la musiquita para poder... (*carcajada, luego espía al bulto*) ¡Carajo! ¡Una piedra! ¿Usted tiene una pálida idea de cuantos minutos nos perdimos ya?... (*toma el reloj despertador y lo agita delante de la cara del hombre*) Fíjese, fíjese usted mismo. Los minutos corren, tac, tac, tac, y corren ligerito. Dejamos muchos temas sin tocar, señor. Por ejemplo, no sé dónde nació usted. No me lo dijo en ningún momento. ¿En el norte, el sur? ¿En el África? Yo sí le dije donde nací, y se lo repito: maternidad Sardá, Esteban de Luca 2151. Tampoco sé de qué trabaja. ¿Aficionado a la pesca?, de acuerdo, si nos conocimos en el muelle y usted estaba con una caña en la mano, pero... Sería bueno encontrarnos un día solo para conversar, solo para eso. Esperaríamos la primavera, eso sí, ahora está haciendo mucho frío, pero un lindo día de sol saldríamos a pasear sin rumbo fijo, comeríamos en alguno de esos restaurantes de la costanera, choripán, ay, me muero por un choripán. Podríamos pasear por la costanera, cerca de ese lugar donde pesca usted, para terminar el día viendo el atardecer desde el mueble. Debe ser lindo. ¿Qué le parece el plan? ¿Puede ser eso? ¿Buen plan? Fatal, fatal, no sé hasta dónde llegaríamos. Usted es de sangre caliente y estoy segura de que en algún momento me propondría que... Y me parece que usted no es de los que piden permiso, ¡jarremete! A esos Lily los tiene bien cortitos. «Cada cosa a su tiempo», les avisa. «Usted paga por la noche, caballero, y la noche recién comienza. Qué apuro tiene. Siéntese ahí y tómese un güisqui. Está incluido en la tarifa». Yo escucho eso y quiero que me trague la tierra. Los hombres se ponen lívidos, se pasan la lengua por los labios, aprietan los puños. Algunos le contestan: «yo no soy ningún mocoso calentón», pero ella sigue tratándolos como pendejos. Pendejos los llama Lily, no mocosos. Pendejos. Lo raro de esto, y esto quiero que lo sepa señor, es que a mí no me molesta que sean calentones. Me resulta más, más... ¿Cómo puedo explicarle? Yo los veo ahí sentados, quietitos, tomándose el güisqui, y me pregunto si a ese hombre le corre sangre por las venas. Cómo puede quedarse así, tan manso... Otra cosa, otra cosa, se me ocurrió otra cosa, de esto sí que no hablamos... (*cómplice, se entierra en el lecho para susúrrale al hombre*) A mí me gusta que me digan palabrotas. Lily se enfurece, no le gustan, pero a mí sí. No, no, no se enfurece. Mentira. Lily les cobra un poco más, eso es lo que hace, pero yo... Cuando usted me dijo puta yo sentí que me derretía, y cuando me dijo putita el corazón se me salió del pecho y tuve que ir a buscarlo al patio... (*ríe*) Buen chiste, ¿no?: el corazón se me salió del pecho y tuve que ir a buscarlo al... Como si el corazón pudiera... Bueno, no, los chistes no se explican, porque se les quita la gracia. «Siempre hay que andar poniendo límites, Carmen - me dice Lily - porque universitarios no sobran». «¿Qué van a hacer los universitarios conmigo? - le pregunto yo -, los universitarios no me buscan a mí, la eligen a usted, señora». «Hummm» me contesta Lily y nunca sé qué quiere decirme con ese hummm. Ese hummm siempre me deja pensando. ¿Se le ocurre una respuesta? (*a la oreja del hombre*) Hummm, hummm... (*ninguna respuesta; insiste*) Hummm... (*se desalienta*) Fatal, fatal Carmen, el chocolate se está poniendo espeso ¿Cómo se despierta a este cristiano? (*al bulto, golpeando una puerta imaginaria*) Toc, toc. toc... Los minutos pasan, caballero. Y además de quedarnos poco tiempo

para... Bueno, para cualquier cosa que se le ocurra, yo tengo cosas que hacer. No me levanto todos los santos días a las siete porque estoy loca o para escuchar cantar a los pajaritos. En la casa hay cosas que hacer. Y es una casa grande, bien grande. Tiene mil cuartos. Y una cocina como una cancha de fútbol. Además, tengo que atender a Lily cuando está sola y también la tengo que atender cuando está acompañada. Eso me gusta más porque recibo propinas. Los tipos me dan propina. Dólares a veces, guardados en esa cajita que tengo ahí. ¿Ve? Ese es mi sueldo verdadero, lo que me paga Lily me sirve para poquito... *(el bulto ni se mueve)* Fatal, fatal, a usted no lo despierta ni la codicia. En esa cajita hay dólares. Podría llevarse algunos... Me parece que voy a tener que bailar sobre su cabeza... *(se para en la cama y baila alrededor de la cabeza del hombre, amenazando con pisarla, pero sin hacerlo)* Lo piso, lo piso, lo piso caballero, lo piso... Ahí está, le rocé la orejita, ahora le meto un talón en un ojo... Lo piso, lo piso...

Carmen no puede seguir mucho más. El manguito rotador se hace notar. Se acaricia el hombro dolorido. Se sienta en el borde de la cama y se va recuperando.

CARMEN

Ay, ay... Me olvido de que ya no soy una niña y que estas cosas me cansan... Y el manguito rotador me está doliendo. Claro, hoy hice poco ejercicio. ¡Usted no me dejó!

Carmen intenta con los ejercicios, pero no puede. El dolor del hombro se hace más intenso, le aconseja frenar.

CARMEN

Escuche, escúcheme señor, necesito hacerle una pregunta, a ver si con una pregunta podemos comenzar la mañana como corresponde. ¿Le gusté o no le gusté? *(ninguna respuesta)* ¿Me oyó? ¿La repito? *(le grita)* ¿Le gusté o no le gusté? *(espera respuesta, no la hay)* Estoy esperando. Uno, dos, tres, cuatro... ¿Cuento hasta diez? ¿Demasiado compromiso? No le pido que sea cruel, pero sí que sea sincero. Tengo la piel blanca, en eso no le mentí. Usted lo pudo comprobar. Blanca, transparente, desde la punta de la cabeza hasta la punta del pie. ¿De acuerdo? Si me agarra el sol me derrito como un pan de manteca. A veces a Lily le pasa que le dicen lo que piensan, sin pelos en la lengua. «Tenía otras expectativas», le dicen algunos. «Joderse amigo», les contesta ella, «otra vez elija mejor». Pero usted no es un desalmado de esos. Si no le gusté me lo va a decir de una manera que... Tampoco tengo cicatrices. Jamás me operé de nada. Usted lo pudo comprobar, ni una manchita salvo ese lugar que tengo... *(pícaro)* A ver, ¿dónde tengo yo ese lunar?... *(ninguna respuesta)* Lily tiene un lunar entre los senos que obsesiona a todos los hombres. Ella me confesó que es como una tercera teta, que le da más ganancias que las otras dos. Hubo un tipo que hasta le hizo un poema, al lunar de Lily, claro, pero... ¿Dónde tengo yo ese lunar? ¿A ver? Use las palabras adecuadas, ninguna grosería, por favor ¿Dónde? Lily le hace gracia donde yo lo tengo. Ella dice que si yo me perdiera por algún lado, que me fuera por ahí, me escapara a otro continente, ella le da el dato a la policía y la policía me encuentra enseguida. Yo le digo que jamás le voy a mostrar mi lunar a un policía y ella se ríe y me contesta que cuando hace falta la policía te hace bajar la bombacha, aunque una no quiera. Está visto que no le mentí en nada. No sirve mentir, si al final la verdad aparece, ¡pum!, y te tira abajo cualquier mentira. La verdad ante todo, aunque duela. Eso lo leí en alguna parte, un libro o una de esas revistas que tiene Lily en el recibidor. Usted no quiso saber las medidas de mi busto, dijo que no necesitaba, pero las que yo le di son las exactas, ni un centímetro de más ni de menos. Y no soy yo quien se toma las medidas. Se lo pido a Lily. Una puede engañarse, favorecerse sin querer. Ella se ríe porque dice que a los hombres no hay que darles tanto dato, te

miden las tetas con el metro que tienen en la mirada. Que así te pongas detrás de una trinchera ellos adivinan como sos... desnuda. En realidad, lo dice de otra manera, «en pelotas». Y también me dice Lily que los hombres saben si sos novata, inexperta. Lo adivinan pronto... ¿Su opinión? ¿Soy novata, inexperta? Conteste. Conteste con las palabras que encuentre, no busque finuras porque me parece que usted no sabe nada de finuras. Vaya a saberse qué infancia tuvo usted, qué educación le dieron sus padres... Lily descubre todo eso enseguida, sin hablar, y yo hablo hasta por los codos y no puedo conseguir nada de usted. Nada de nadie, en realidad. Tonta para eso. Al minuto Lily descubre si son casados, a los dos minutos si tienen hijos, a los tres minutos si son viriles... ¡Y yo no consigo que usted me conteste si le gustó pasar la noche, toda una larga noche, con una mujer de piel blanca, con un lunar en...! ¡Novata e inexperta! *(se abalanza sobre el bulto, lo sacude)* ¡Arriba, arriba! ¡Ya salió el sol y la luna! ¡Todo junto! Tengo que hacer, mucho que hacer, y usted tiene que... No sé qué, vuélvase al muelle y pesque un tiburón así de grande, pero váyase de aquí... ¡Arriba, arriba señor! *(se cansa de zamarrear, queda acostada sobre el bulto)* Una vez Lily trajo un ingeniero que se la daba de solterito. «A mí ninguna mina me pudo pasar el lazo», le dijo. A la mañana siguiente, cuando le serví el desayuno, me informó que el ingenierito tenía mujer y cinco hijos y que para colmo en la cama era como un pajarito, chik, chik y ya estaba *(cómplice)* Usted, usted amigo mío, no tiene nada que ver con ese tipo. Me pareció que no iba a parar nunca. Soy novata, inexperta... *(respira, aliviada)* Ay, por fin pude confesarme. Novata, inexperta, no se lo dije anoche porque temí que... Lily usa otra palabra, pelotudita me llama, sos muy pelotudita Carmen, pelotudita dos veces... A propósito, ¿usted no siente curiosidad por conocer a Lily? Le estoy hablando tanto de ella. Se la puedo mostrar. Desnuda. En pelotas, ya le dije, así lo dice ella. En pelotas *(ríe)* Claro que para eso tiene que despertarse y levantarse. Esa ventanita da al baño, donde Lily se ducha todas las mañanas. Si no hace ruido, si casi ni respira, yo lo dejo subir y mirar. Ahí tenemos la escalera. Yo la espío desde hace años, y jamás se dio cuenta. Ni se le ocurra pensar que después de mirarla un rato va a poder meterse en su cama. Lily respeta mis conquistas. «No como sobras». «Este es jamón serrano, señora», le digo a veces. «No importa, así sea caviar ruso para mí es mortadela». Así que... Ninguna esperanza, caballero. Usted está marcado. Lo marcó Carmen y es de Carmen. Tampoco a Carmen le importan los que marcó Lily. También son mortadela. Un pacto. Lo siento por usted.

*Carmen se queda o parece quedarse dormida, montada sobre el bulto.
El timbre de calle la sobresalta, se pone de pie de un salto.*

CARMEN

(mientras se calza las sandalias a las apuradas) ¡Don Cosme, don Cosme! ¡Ese es don Cosme! Cabeza dura ese hombre. Mil veces le dije que no toque el timbre, que no hace falta, que golpee despacito la puerta que yo escucho y salgo a recibir el diario, pero él...

Carmen tropieza con la ropa desparramada. La levanta y la acomoda de cualquier manera.

Sale.

Vuelve con el diario del día.

CARMEN

(hojeando) Hoy debe ser martes, porque don Cosme también trajo la revista. Es que yo no sé en qué día vivo, martes, miércoles, para mí todos los días son lo mismo... Aquí está escrito bien clarito: martes 17 de... ¡Uh, julio, pleno invierno! *(cambia por la revista)* ¡Qué mona esta chica! Fíjese... *(muestra la tapa)* ¡Monísima! Lily se

merece la tapa de una revista. Seguro. Tiene una cara y cuerpo para salir en esta o en cualquier otra. Si es extranjera, mejor. Claro, ella no tiene sangre azul como esta tilinguita que... *(lee con más atención)* Noruega. ¿Dónde mierda queda Noruega? ¿Usted sabe? ¿No? ¿Hizo la primaria? No me conteste, no hace falta, porque ahora sí caballero, ahora sí que ha llegado la hora de levantarse. No hay tu tía, son... *(espía el reloj, se asusta)* ¡La pucha! Se nos fue todo el tiempo disponible. Ahora se levanta, se viste y se va ¡Vamos! *(canta mientras acomoda la ropa, la suya y la del hombre)* Tacanper que me terasmua en lo jorme de davi... *(ríe, al bulto)* ¿Entendió, entendió lo que le estoy cantando?... *(canta)* medojandome el mala darie y naspies en mi zonraco... *(ríe)* ¿Adivinó? ¡Un tango, señor, un tango! Un tango, pero al vesre. A Lily la hago matar de risa cuando le canto así. «Difícil, muy difícil Carmen, yo no puedo», pero a mí me sale fácil... Arriba, arriba señor. Aquí tiene el diario *(arroja el diario sobre el bulto)* Entérese de las noticias del día, bien fresquitas. Puede hojearlo mientras se viste. Le regalo unos minutos, porque enseguida tengo que llevárselo a Lily. Ella lo quiere al pie de la cama apenas se despierta *(sigue acomodando la ropa)* Ya amaneció. Cuando salí a recibir a don Cosme eché una mirada al cielo y vi cómo iba clareando. Hoy va a ser como ayer, frío pero con buen sol, y eso hace que se soporte mejor este invierno tan terrible que estamos pasando... *(advierde que no hay movimiento, el diario sigue inmóvil sobre el bulto)* ¿Y? ¿Llamamos a los bomberos? *(habla por un teléfono imaginario)* Hola, ¿bomberos? Pueden venir, por favor. Dos o tres dotaciones. Necesito que retiren un leño de mi cama ¿Pesado? ¡Pesadísimo! Durmió toda la noche encima mío y tuve que soportar algo así como mil kilos... *(estalla)* ¡Fatal, fatal señor! ¡Fatal! *(enrolla el diario como un garrote y golpea el bulto)* ¡Quiero que se levante enseguida! ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! ¿Me oyó? *(de pronto se da cuenta del escándalo y se asusta)* Pero... Pero qué estamos haciendo... *(asustada, desenrolla el diario, lo alisa, revisa si le produjo algún daño)* Lily debe haber escuchado todo. No sé con quién está, pero si está sola y decidió dormir hasta tarde me va a arrancar los pelos por haberla despertado con este barullo...

Sale corriendo, llevándose el diario.

Vuelve con las manos vacías y mucho más tranquilizada.

CARMEN

Amanece con sol, con un lindo sol, ahora sí se lo puedo asegurar *(se sienta frente al espejo, se peina)* Ninguna nube. En un momento se me ocurrió que le gustaban más jovencitas. Estábamos conversando y me imaginé eso. No soy una niña, se habrá dado cuenta. Lily siempre dice que las mocosas, mocosas dice ella, son una gran competencia. Las odia. «Qué hacer contra un culito parado», me dice. «Usted es hermosa», le contesto yo. «Hermosísima, qué mocosa va a poder...» «Pueden Carmen, pueden», me contesta Lily. «Si se lo proponen pueden. Carnes duras, tetas como cañones, nada que hacer contra eso». ¿Qué pasa con usted, eso quiero saber? ¿Le gustan más jovencitas? Al menos soy inexperta como las mocosas, bueno, algunas mocosas, se habrá dado cuenta. Obedecí, hice todo lo que usted me pidió, pero me falta... No sé cómo decírselo... ¡Proponer yo! ¡Eso! Proponerle algo distinto, algo que ninguna mujer de las muchas que usted debe haber conocido le propuso alguna vez. Cuando estoy en eso pienso qué debo hacer y no se me ocurre nada. Nunca me atreví a preguntarle a Lily. Ella seguro que tiene un lindo repertorio. Música con variaciones. Pero la cara no me da para preguntarle, me moriría de vergüenza. Porque tampoco sabe que yo recibo hombres en mi cuartito. Si ahora entra, es un decir, porque jamás puso un pie aquí, le daría la sorpresa de su vida. Ella debe creer que yo... Tampoco recibo tanta gente. De tanto en tanto, cuando me animo a acercarme al muelle y convencer a algún pescador. Eso sí, no me tiro de cabeza. Elijo con cuidado y casi nunca el más lindo, el que me gusta más. No, no. Se desprende que usted no es el que más me gustaba. Anduve suspirando por un

muchachito que pescaba a la izquierda suya, casi junto al farol del alumbrado. Rubio, de ojos claros... Tanta gente no había como para que usted me diga que no lo recuerda. Bueno, en realidad usted no me está diciendo nada, si sigue durmiendo. Lily también duerme. Cuando le llevé el diario la encontré dormida, anoche no recibió visitas. Habrá ido al cine. Duerme, pero no como usted, como un tronco, sino como una *madonna*. Serena, tranquila... Ese espectáculo me da ternura. El pecho le sube y le baja, despacito, siempre igual, al mismo ritmo. Los brazos desnudos fuera de las sábanas. Lily se deja los anillos puestos, siempre duerme con todos los anillos... ¡Me siento tentada a darle un beso! Si no fuera porque si lo hago la despierto le daría uno todas las mañanas, esté sola o esté acompañada (*pausita*) ¿Recordó al muchachito? ¡Su rival! ¡Sí, sí, su rival! Estuve a punto de elegirlo a él... Esos ojos claros me mataban. Pero suelen ser muy engreídos. Los rubios de ojos claros suelen ser muy engreídos. «Carmen», me dice Lily, «hay que tener cuidado con esos mozalbetes, se creen que los hicieron a ellos y luego rompieron el molde». Entonces me olvidé de ese chico comencé a fijarme en usted, pero antes... Antes... Chachán... Antes me fijé en otra persona. Estaba muy lejos. Allá donde termina el muelle. Por dios me dije yo, si ese hombre estornuda se cae al agua. Me gustaba, claro que a la distancia. Pero cuando me acerqué me di cuenta que no había tanto peligro, estaba sentado a dos o tres metros del borde y el muelle también tiene un parapeto, así que imposible caerse. Pero... Y aquí viene el pero, al lado de él dormía un perro. Un perro con collar y chapa de identificación. Su perro sin duda. ¿Y qué iba a hacer yo con un perro adentro de esta pieza? Porque ese hombre me iba a obligar a meterlo aquí. «Cómo va a dormir a la intemperie», me iba a decir. «Con esta noche tan helada». ¿Y qué iba a hacer yo? A mí no me gustan los animales, de ningún tipo. Una vez tuvimos un canario. Un admirador se lo regaló a Lily. Amarillito, cantaba como un ruiseñor. Yo dejé abierta la puerta de la jaulita para que se escapara y el pavote no se escapaba. Saltaba de un palito al otro, tic, tic, y no se daba cuenta que con un tranquito salía en libertad... Qué manos las suyas, qué manos. Eso fue lo que me atrapó. ¡Sus manos! Justo se sacó los guantes para poner la carnada y se las vi. Se me terminaron las dudas. ¡Éste dije! ¡Éste! Semejantes manos son capaces de hacer maravillas... Quiero decirle que a esa altura yo ya estaba... Bueno, cómo le puedo decir... ¿Caliente? Lily lo dice así, sin vueltas: «Hoy estoy caliente, Carmen, estoy tan caliente que soy capaz de hacerlo gratis» «¡Gratis!», grito yo. «No te asustes, Carmen, todavía no me volví loca. Lo haría, pero de ninguna manera lo voy a hacer». Imagine a Lily haciéndolo gratis. Si alguna vez pasa, al primero que voy a avisarle es a usted. La caridad bien entendida comienza por casa. Primero los amigos. Fatal, fatal cuando me le acerqué para hablarle. Creí que iba a salir corriendo. Me tomó por una loca. Si hasta dio un paso hacia atrás. ¡No lo niegue! Un paso, un pasito si usted quiere, pero retrocedió... Y no quiero decirle todo lo que tardó para decidirse, guardar sus cosas y venirse conmigo para acá. Lo estaba invitando a dormir conmigo y usted parecía no darse cuenta. Seguía diciendo bobadas, que tenía una noche mala, que no había suficiente pique, que solo había sacado tres bagres que devolvió al río... ¡Con más razón, le decía yo! ¡Véngase, véngase conmigo que la va a pasar mejor! En el muelle no me cuesta nada hacerme la mujer fatal. «La va a pasar mejor» le decía y yo parecía Mata Hari seduciendo al marajá de la India. Como si yo supiera cómo se hace para que un hombre quede satisfecho. Si lo supiera no iría a ese muelle roñoso a buscar hombres. Haría como hace Lily, que recibe banqueros, financistas, hombres de negocios, gente agradecida que paga y regala cosas. ¿Qué regalo puedo esperar de usted? ¿A ver? ¿Una mojarrita?...

Suena un despertador, ronco, porque es otro que se encuentra debajo del balde puesto boca abajo.

CARMEN

(riendo) ¡Ah, qué sorpresa! ¡Qué sorpresa! (levanta el balde, rescata el despertador y apaga la alarma) Uso dos, señor, por si uno falla. Mire, se hicieron las siete y media. Mister precaución me llama Lily. «A ver, mister precaución», me dice. «¿Cambiate el agua a las flores?» Y yo ya se las cambié hace rato. «A ver mister precaución...». Y enseguida le digo que sí, que ya hice esto o lo otro. Y esto... (enarbola el nuevo reloj) ¡Sabe qué quiere decir esto? ¿No? ¿Sí? Le voy a explicar: significa que tiene que irse, ahora volando. Porque yo tengo que hacerle el desayuno a Lily y comenzar con las tareas de... Hoy se saca toda la ropa de cama y se manda a lavar. Martes. Sábanas, toallas, todo al lavadero de don Chicho, de acá a la vuelta. Hoy... ¿Martes dijimos?... Lily recibe al podólogo, un charlatán un poco idiota, y me parece, me parece que tiene cita con el dentista... (ríe) El doctor Méndez no le cobra un centavo y le está arreglando la boca entera. «Pago en especie», me confesó Lily. «Ahí mismo, en el consultorio» (más risa) Seguro que se tomó la noche libre para ir al cine. Le hablaron de una película española muy buena... Cuando Lily anda sin ganas de recibir visitas se pone asquerosa. La llaman por teléfono y no atiende, o atiende y les corta. Al principio me asombraba semejante cosa. «Ademanes de princesa», me explicó y ahí entendí, eso los pone más ansiosos... Yo sí le tengo un regalo. Si se lo digo se levanta de un salto, ¡pum, para arriba! (le susurra) ¿Quiere saber? Ahí va: le puedo mostrar a Lily desnuda. ¡Ay, qué tonta! Si ya se lo dije, iba a ser una sorpresa, pero ya... Hasta le mostré la escalera... Tonta, qué tonta que soy.

Toma la escalera y la apoya debajo de la ventanita, de modo que subiendo se puede ver el otro lado.

CARMEN

Dentro de muy pocos minutos Lily toma su ducha. La ducha está justo debajo de la ventanita. Usted sube, despacito, y se asoma. Casi sin respirar, ¡eh! Y ahí la ve ¿Qué le parece el regalo?

No hay respuesta.

CARMEN

(un ruego) Conteste a eso, señor. Lily desnuda. Completamente. En pelotas (ríe por su frase atrevida) Completamente en pelotas. Y con ese lunar que... Que ya le dije.

Carmen levanta las frazadas, espía dentro.

CARMEN

¡Ah, dio resultado! ¡Ya abrió un ojito! ¡Se produjo el milagro! Ahora abra el otro, el otro también bien abierto. ¡Así, muy bien! Míreme. Lamentablemente se va a tener que conformar con la ducha de la mañana. Es rapidita. El baño de la tarde dura más tiempo. De inmersión. Tengo que llenar la bañera y ponerle sales en el agua bien caliente y probar, probar hasta que está tibia. Entonces la llamo y Lily se mete adentro. ¡Un espectáculo, señor! ¡Para filmarla! ¡Qué piernas! Primero estira una, bien larga, y la mete en el agua. Luego la otra, plac, que también mete en el agua como un cisne aterrizando en un lago. Después comienza el gesto de sumergirse. Mira atrás, calcula la distancia y se deja caer, despacito, como si se derrumbara una torre de mármol. ¡Una maravilla! Entonces le pongo más sales alrededor del cuerpo. Aquí, allá, otro poquito acá... Sales exquisitas señor, se las trae un importador desde Alemania. Una vez quedé tan abombada con la ceremonia que me olvidé de las sales. Las tenía en las manos y me había olvidado. «Las sales, Carmen». Ahí reaccioné, si no me avisaba yo no reaccionaba, estaba fascinada. La función está por comenzar, señor. Cuando se prenda la luz comienza la función. Si usted no está arriba, en el

último peldaño en el momento justo, se pierde el momento en que Lily se desnuda. Puede ver el resto, pero se pierde el momento en que Lily se saca la bata. ¿O no le interesa? Dígamelo, señor. Lo dejé tan satisfecho, tan pipón que no tiene ninguna gana de mirar a una mujer desnuda. ¿Ni siquiera a Lily? ¡Dígamelo, señor! ¡No puedo creerlo! Para mí sería música del cielo... *(presta oído por un hueco de las frazadas; excitada por lo que escucha)* ¡Repita, repita! ¡Otra vez, quiero escucharlo otra vez! ¡Repita! *(Carmen se aparta de un salto y baila)* «Me importa un carajo esa Lily, me importa un carajo esa Lily» ¡Repítamelo! Quiero oírlo de nuevo *(cesa de bailar para volver a poner el oído)* Una vez más, es todo lo que le pido. Si me lo repite tres veces se lo creo... *(escucha lo que le dice el hombre)* «Yo la vi desnuda a usted, Carmen» ¡Qué dice! Me hace poner colorada. Me vio desnuda pero no hay necesidad de andar repitiéndolo por ahí. «La vi desnuda a usted y con eso me basta». ¡Caramba! Cómo hago para creerme esto... «Créame». Bueno, le creo. Me cuesta creerle.... ¿Qué me dice ahora? ¿La luz? ¿Qué luz?...

Carmen cae en la cuenta: se encendió la luz del baño.

CARMEN

¡Lily se levantó!

¿Se escuchan los ruidos? ¿El agua de la ducha contra el piso? ¿Lily cantando, canturreando o tarareando una canción?

Carmen pone, con cuidado, la escalera bajo la ventana. Invita a subir al bulto, con gestos.

CARMEN

(viendo que los gestos no causan efecto, lo invita con susurros) Levántese y suba. Aproveche. ¿Qué? ¡No, no levante la voz! Va a escucharlo, no quisiera que se entere que recibo hombres, mucho menos que la espíen... *(se inclina sobre el lecho, escucha a través de las frazadas)* Diga. ¿Qué? ¿Qué me desnude yo? ¿Yo? Podría, claro que podría. Si usted me lo pide yo intento cualquier cosa, hasta volar por el aire... ¿Me prefiere? Ay... *(parece desvanecer de gozo, luego sonríe, feliz)* Hoy es mi día de suerte. Nunca me pasó que... ¡Impaciente para colmo! ¡Ya va, señor! ¡Ya va!

Carmen comienza a desnudarse a los apurones. Se detiene a mitad de un movimiento.

CARMEN

¿Qué? ¿Más espacio? Tengo que apurarme. Apenas sale de la ducha tengo que secarle la espalda. Y preparar el desayuno. Le estoy dando razones para no hacerlo tan lento... ¡No, no, por favor, no! ¡No se enoje, señor! ¡No se enoje! Lo hago, lo hago más despacito así se venga el mundo abajo y desde el cielo me tiren con ladrillos y adoquines...

Carmen comienza a desnudarse despaciosamente, trata de cargar los gestos de erotismo, en la medida de lo que puede o sabe. Se detiene de pronto. dolorida.

CARMEN

¡Ay, ay, ay! *(se toma el hombro)* El manguito rotador, este manguito rotador de mierda. ¡Ay! *(intenta seguir con el desnudo, no puede, el dolor se lo impide)* Disculpe, disculpe, pero no puedo, no puedo nada, mucho menos esto de levantar este brazo para... ¿Le canto? Mejor le canto. Sé que con eso no caliento a nadie, pero divierto. Una despedida con diversión. ¿Qué le parece? No es lo mismo, pero tampoco es nada. Lily se mata de risa. «Qué cómica, Carmen, qué cómica que sos».

Carmen canta sufriendo, acariciándose el hombro dolorido.

CARMEN

Mésabe, mésabe chomu/ moco si rafue la matilú vez/ Mésabe, mésabe chomu... ¡Vio, vio que es cómico! ¡Si lo hice sonreír! *(continúa cantando)* Mésabe chomu/ moco si rafue la matiul vez/ mésame chomu...

Interrumpe la voz de Lily, desde el baño.

VOZ DE LILY

(imperativa) ¡Carmen! ¡Estoy esperando!

CARMEN

(se dirige a la ventana del baño) ¡Ya voy! ¡Un minutito, no más! *(al bulto de la cama)* ¿Escuchó, escuchó usted?

Oscuro

.

Correo electrónico: rperinelli@gmail.com

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vircuret@gmail.com

*Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2026)*

*CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar*

«Piense antes de imprimir. Ahorrar papel es cuidar el medio ambiente»